

DIA DEL MEDIO AMBIENTE

Quisiera agradecer a la Doctora Nicole Bernex por la gentil invitación para que presida esta mesa redonda sobre las ciencias ambientales y los nuevos retos profesionales, que forma parte de las actividades programadas por nuestro IDEA, al celebrarse el Día del Medio Ambiente.

Es evidente que el tema que nos ocupa es vasto, complejo y puede por tanto ser abordado desde múltiples perspectivas. Me limitaré en esta intervención a señalar en sus líneas más generales lo que él significa para mí en tanto docente de la especialidad de filosofía, para luego indicar si el tiempo lo permite --en mi condición de autoridad universitaria-- lo que nuestra institución se propone cumplir en torno a este problema que reclama evidentemente una respuesta académica seria de parte de la Universidad.

Quizás lo primero que se debe dejar establecido es que una adecuada comprensión de lo que significan los diversos retos que experimenta nuestra civilización frente al creciente deterioro del medio ambiente no sólo exige un claro pronunciamiento y una acción efectiva de los científicos y técnicos, sino que compromete a todos los hombres en general y constituye para la filosofía objeto de un renovado cuestionamiento. En efecto, para dar sentido a la reflexión y acción que busca solucionar los problemas cotidianos y concretos que se nos ofrecen, así como para comprender la razón de ser de una conducta que, cuidando el presente nos ofrezca pautas para realizaciones futuras, se hace ineludible el delinear un marco de inteligibilidad mayor, a través de una renovada comprensión de lo que sea la naturaleza y el hombre dentro de ella, y que nos preguntemos por las causas más profundas de la situación que vivimos, posibilitando así los fundamentos últimos que den significatividad a la transformación radical que ha de suscitarse en el modo mismo en que --para usar una fórmula cara a la filosofía existencial-- el hombre es en-el-mundo. Para decirlo más simplemente: la filosofía, por la propia naturaleza de su quehacer, no se sustrae, antes bien, es la primera disciplina llamada a

pronunciarse sobre el problema que tratamos.

En lo que sigue, y de la manera más simple y general, desearía hacerme eco de las sugerentes reflexiones que sobre la cuestión ha desarrollado el filósofo Hans Jonas, discípulo de Heidegger y luego miembro destacado del New School for Social Research. Él nos indica cómo el terreno disciplinar dentro del cual hemos de explorar las perturbadas relaciones entre el hombre y la naturaleza, es el de la ética (que para Jonas, a diferencia de Kant, reclama a su turno un sustento metafísico). Situados en este campo, resulta imprescindible caracterizar lo que podría llamarse la ética tradicional, para que a partir de la crisis que ella experimenta, se puedan esbozar los nuevos principios que sustenten una conducta modificada y responsable de la humanidad de hoy y del futuro. La ética tradicional, no importa las corrientes particulares que hayan podido desarrollarse en la historia, se ha ofrecido siempre como una audaz invasión de los diferentes dominios naturales por una infatigable inteligencia para que el hombre, mediante su discurso y pensamiento, además del sentido social que recoge de su propia naturaleza, pueda construir su ser humano auténtico. Enfrentado a los elementos, el hombre buscará someterlos, refugiándose en la ciudad y las leyes, contra lo que aún no domina pero piensa pronto domeñar. Su trabajo apunta a la “domesticación de la necesidad” a través de la *techné*.

Y ello se ofrece dentro de ciertas notas que --ahondadas por el pensamiento moderno-- consideraban que todo comercio con el mundo extra-humano es neutro desde el punto de vista ético. La *techné*, en tanto campo de acción del hombre frente a lo no humano, reclamaba inteligencia e inventiva, mas no criterios morales y, al decir de Jonas, se convertía en el tributo limitado que había que pagar a la necesidad. Así, pues, la significación ética a lo largo de la historia de occidente se reducía al horizonte de las relaciones interhumanas y se afirmaba de tal manera como “antropocéntrica” en un sentido bastante restringido.

Restringido porque --y ello es mucho más notorio en la modernidad que aún vivimos hoy-- el concepto del hombre que ella asume nos conduce a la estrecha consideración de un ser que, aunque inscrito dentro de la naturaleza, se afirma

justamente en sus notas más propias por la conducta mediante la cual toma distancia de esa misma naturaleza y pretende trascenderla, aceptándola sólo como el lastre que debe superar. Bástenos en este punto recordar la concepción cartesiana en la que el pensamiento --depositario de lo específicamente humano-- se tiene que yuxtaponer de modo ingenuo e inexplicado a esa otra sustancia que es la extensión, la que, como cuerpo, sólo halla revelada su esencia a través del pensar. La esencia del cuerpo revelada como extensión en el cartesianismo, no nos coloca simplemente en comunidad con el resto de la naturaleza, sino que se ^{revela} revela como la dimensión privilegiada para el ejercicio de una voluntad y un pensamiento que manipulan, en busca de la afirmación del hombre como ser vocado a convertirse en maestro del universo.

Así concebida la ética antropocéntrica, para citar a Jonas, “tenía su quehacer haciendo frente al aquí y al ahora, a las ocasiones tal como se presentan entre los hombres, a las situaciones repetitivas y típicas de la vida pública y privada”. El universo moral efectivo se estructuraba en el marco de lo contemporáneo y su horizonte de futuro se limitaba a la duración previsible de la vida. Consecuentemente con ello, el saber exigido como elemento acompañante y fundamental de la voluntad moral, se limitaba a ser un conocimiento accesible a todos los hombres de buena voluntad. Y es que, para citar nuevamente a Jonas: “el corto brazo del poder humano no exigía aquel más poderoso y extenso del saber predictivo”.

Todo eso ha cambiado hoy día. La técnica moderna ha posibilitado acciones que, nacidas de la matematización y el cálculo, nos conducen a lo incalculable. Nos enfrentamos a lo inédito y los cuadros estrechos de la ética tradicional se hallan desbordados largamente. Sin duda, sus prescripciones son válidas plenamente en los límites de las relaciones inmediatas con el prójimo, en los ámbitos de la cotidianidad, pero la esfera de la acción interhumana en el presente se halla inscrita en un dominio mayor, el campo sin cesar creciente de la acción colectiva que, sin tener aparentemente un actor moral identificable, --mediante la intervención técnica, y a través de los daños resultantes de esa acción-- ha desnudado la vulnerabilidad

de la naturaleza.

Así las cosas, sin lugar a dudas que hoy la reflexión ética no puede sustraerse a la consideración de la naturaleza como objeto de la responsabilidad humana. Eso es más claro todavía si aceptamos que la existencia humana se expresa como una realidad imbricada en el mundo, que no puede concebirse sino en y con las cosas y los demás hombres, pues, al fin y al cabo, no hay hombre sin mundo y éste sería insensato si no existiera el hombre que lo erige en mundo.

Ahora bien, ¿cómo entender de modo adecuado esa responsabilidad moral? ¿A qué tipo de obligaciones nos conduce? ¿Cómo responder éticamente frente a un comportamiento en el que se vislumbra el triunfo del *homo faber* sobre el *homo sapiens*? ¿Qué hacer frente a un saber que se ofrece como irreversible y que se autoprocrea de modo cumulativo? Un comienzo de respuesta lo plantea Jonas cuando señala que frente a lo descrito: "...el saber se convierte en una obligación prioritaria, más allá del rol que se le asignó en el pasado, el saber debería ser del mismo orden de magnitud que la amplitud causal de nuestro actuar".

Pero, ¿es ello posible? ¿Acaso no se abre un abismo entre un saber previsional que se halla desde el inicio destinado al fracaso pues se enfrenta a lo in-calculable? Aparece aquí entonces un viejo motivo ético, que ahora cobra renovado sentido: el reconocimiento de nuestra ignorancia, la cual, esta vez, extiende su opacidad a la consideración global de la vida humana, a su futuro y la posibilidad misma de su existencia.

Desarrollar, pues, un saber previsional de largo alcance y reconocer la insuficiencia de ese saber frente a un desarrollo casi autónomo de una tecnología desatada, constituirían el terreno a partir del cual debe considerarse un nuevo imperativo ético. Y éste no puede ser otro que el de la responsabilidad.

Jonas que aboga por esta "ética de la responsabilidad", delinea la estructura formal de la misma señalando, entre otras, las siguientes características que pueden y

deben ser aplicadas a la relación del hombre con la naturaleza:

1. La *proporcionalidad* que se establece entre el poder --y el conocimiento es indudablemente fuente del poder-- y el compromiso moral. Mayor es, pues, la responsabilidad de las personas e instituciones cuanto más significativas ellas sean en el ámbito de su desarrollo.

2. La *unilateralidad*, en el sentido de una relación desigual que recorre un camino en el que la dirección está señalada desde aquel que detenta mayor poder hacia aquello que constituye el "objeto" de su poder, *ergo*: responsabilidad del que dirige, sabe y puede, hacia lo otro que es término de su acción.

3. La *incondicionalidad*, en el sentido de encontrar el imperativo de la responsabilidad de algún modo su fin en él mismo sin depender de reconocimiento o retribución alguna. El deber se afirma por él mismo en su carácter de deber, pues nace de un reclamo que se inscribe en la misma naturaleza de las cosas.

4. La totalidad en tanto compromiso abierto tanto al hombre como a las cosas, ajeno a las situaciones de coyuntura y, por tanto, disposición constante y permanente.

5. De la totalidad y la no dependencia de las circunstancias ocasionales, finalmente, nace como nota propia de la ética que se propugna, la *apertura al futuro*, pues ella abarca una conducta que siempre va más allá de lo hecho hasta hoy que, por tanto, nos exige una actitud que debe ser pre-vidente y pre-ocupada por lo aún no acontecido.

Todas estas notas creo que pueden entenderse como algo más que simple enumeración abstracta de un código moral desencarnado y hallan en el mundo en que viven los hombres hoy, asidero y sentido. Concretamente, en lo relativo al tema que nos convoca: la reflexión sobre el medio ambiente, se hace claro, a la luz de lo genéricamente expuesto, que, a partir de la vinculación esencial entre el hombre y

su mundo, en primer lugar la vida ética no se agota en la simple relación intersubjetiva personal; dicho más propiamente, la relación entre personas que se halla en el fondo mismo de la vida moral nos proyecta necesariamente --dentro de una adecuada comprensión de la persona-- a lo que es su mundo a la vez que pone en juego mi propio mundo, surgiendo así un referente moral que es el mundo compartido, el mundo en común frente al cual cada hombre y todos los hombres son responsables.

Ensanchados así los horizontes del quehacer moral, resulta claro que es al hombre más formado, y que ha alcanzado en la vida social situaciones de liderazgo e influencia, a quien ha de exigírsele la mayor responsabilidad y el mayor respeto para conseguir el desarrollo humano. Es a él --y con él las instituciones que, como la Universidad-- trabajan con el saber, la ciencia, la tecnología y concentran de tal modo la savia que alimenta el poder, a quienes corresponde una lúcida conciencia de las nuevas necesidades sociales que se expresan en los problemas cósmicos del deterioro acelerado del ambiente y, por tanto, de la calidad de vida de los hombres. Toma de conciencia que, como es natural, debe conducir al deber de trabajar para que esa conciencia lúcida se difunda y permita a la postre un cambio de actitudes para obtener una relación no pervertida con nuestro entorno.

Y este mayor peso moral que han de soportar los científicos, los políticos, el Estado, las Universidades, no podrá hallar alivio mientras no se reconozca que los primeros comprometidos con la salvación de un mundo humano somos justamente nosotros, y que, por tanto, las acciones consecuentes con esta premisa deben partir unilateralmente también de nosotros mismos. Y esto habrá que hacerlo no sólo porque de modo dramático lo exige la supervivencia misma del hombre que corre el riesgo de ser avasallado por sus creaciones, sino porque el imperativo de la responsabilidad está en el entretejido de nuestro propio ser y, por ello, es para nosotros exigencia de la cual no podemos escapar.

Y si ello es así, se entiende que, justamente porque la historia pasada no ha sido edificante al respecto, ha llegado el momento de mirar de frente nuestro ser y

nuestro estar en el mundo, para ver con mayor agudeza que la del simple técnico los problemas de hoy y de mañana, y superando el riesgo permanente de la avidez que muchas veces se disfraza en los conceptos de eficacia y eficiencia, luchemos por un mundo verdaderamente humano en el que no se produzca la separación arbitraria, dolorosa, entre cada uno de nosotros y nuestro entorno.

Quisiera, para concluir, llamar la atención sobre un punto, a mi juicio, de capital importancia y que debemos asumirlo como un desafío al que se tiene que dar respuesta personal e institucional. El medio ambiente en sentido cabal comprende también un entorno social y por ende de relación entre los hombres, el cual se ofrece hoy, en gran medida, de manera contaminado. Y eso ocurre porque un elemento fundamental en nuestras vidas, cual es el de la comunicación, se ve cada vez más distorsionado. Asistimos al triunfo de la información, que en ocasiones se levanta por encima de la ciencia y de la política para hacerse la real depositaria del poder. Para todos es evidente cómo cotidianamente los llamados *mass-media* consagran valores y determinan conductas. El llamado a la responsabilidad del cual he hablado debiera quizás dirigirse en primer lugar y de modo urgente al mundo de la comunicación social; él no puede convertirse en terreno de conquista de las conciencias sólo para lograr el contento de quienes buscan dominio y dinero, al margen de toda consideración moral. En este asunto, al igual que en el ya tratado sobre nuestras relaciones con la naturaleza hay, pues, mucho por hacer. Debemos comenzar con la tarea.

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

Lima, 5 de junio de 1995